

ARUNDHATI ROY

El nuevo siglo estadounidense

En enero de 2003 miles de personas de todo el planeta se reunieron en Porto Alegre (Brasil) para declarar (insistentemente) que “otro mundo es posible”. Unos pocos miles de kilómetros más al norte, en Washington, George W. Bush y sus hombres de confianza pensaban lo mismo. El primer proyecto era el Foro Social Mundial (FSM). El suyo, lo que de momento muchos denominan el proyecto del nuevo siglo estadounidense.

Hace tan sólo algunos años, en las principales ciudades europeas y estadounidenses, este tipo de asuntos aún se murmuraban en voz baja, pero hoy en día ya se habla abiertamente de las ventajas del imperialismo y de la necesidad de un imperio fuerte para controlar un mundo desmandado. Los nuevos misioneros quieren anteponer el orden a la justicia; la disciplina a la dignidad; e imponerse a cualquier precio. De vez en cuando nos invitan a algunos a “debatir” sobre esta cuestión en espacios “neutrales” ofrecidos por corporaciones mediáticas. Debatir sobre el imperialismo es como discutir sobre las ventajas y desventajas de la violación. ¿Qué podemos decir? ¿Qué realmente nos resulta inconcebible?

En cualquier caso, el nuevo imperialismo ya lo tenemos encima. Se trata de una versión remodelada y modernizada de lo que una vez conocimos como imperialismo. Por primera vez en la historia, una única potencia dotada de un arsenal bélico que podría desintegrar el planeta en una tarde, ha alcanzado una hegemonía económica y militar total y unilateral. Y utiliza diferentes armas para abrir distintos mercados. No hay un solo país en este planeta que no esté atrapado por el fuego cruzado de los misiles estadounidenses y de la chequera del Fondo Monetario Internacional (FMI). Si se quiere ser un chico bueno a ojos del capitalismo neoliberal, Argentina es el modelo; pero si se prefiere ser la oveja negra, está el ejemplo de Irak. Los países pobres que supongan un valor geoestratégico para el Imperio, que presenten algún tipo de “mercado” o infraestructuras susceptibles de ser privatizadas, o bien que tengan (Dios no lo quiera) valiosos recursos naturales (petróleo, oro, diamantes, cobalto, carbón), pueden elegir entre obedecer o convertirse en objetivos militares. Los que alberguen mayores riquezas naturales son los que más peligro corren. En caso de no entregar voluntariamente sus recursos a la máquina corporativa, sufrirán campañas de agitación civil o se desatarán guerras contra ellos.

Arundhati Roy es escritora. Este artículo fue publicado originalmente en inglés en el periódico estadounidense *The Nation*, el 9 de febrero de 2004, y está basado en la ponencia presentada por la autora en el Foro Social Mundial celebrado en Mumbay (India) en enero de 2004. Copyright © Arundhati Roy 2004

Traducción: Eric Jaláin

En esta nueva era imperial, donde nada es lo que parece, los ejecutivos de las compañías con intereses transnacionales tienen el campo abierto para influir en la política exterior. El *Center for Public Integrity* (Centro para la Integridad Pública) de Washington ha denunciado que al menos nueve de los treinta miembros que componen la Comisión de Política de Defensa del Gobierno de Bush tienen conexiones con empresas que, entre 2001 y 2002, se han beneficiado de contratos militares por valor de 76.000 millones de dólares. George Schultz, ex secretario de Estado, era presidente del *Committee for the Liberation of Iraq* (Comité por la Liberación de Irak) y también miembro de la junta directiva del grupo empresarial Bechtel. Cuando se le preguntó sobre la posibilidad de un conflicto de intereses en el caso de que hubiera guerra en Irak, respondió: "No sé si Bechtel se beneficiaría particularmente de ello. Pero si hay trabajo que hacer, Bechtel es el tipo de compañía que puede hacerlo. Pero nadie lo ve como algo de lo que pueda sacar algún provecho." En abril de 2003 Bechtel firmó un contrato de reconstrucción por valor de 680 millones de dólares.

Este brutal plan estratégico ha sido aplicado continuamente en América Latina, África y en el centro y sureste de Asia. Ha costado millones de vidas. Ni que decir tiene que toda guerra emprendida por el Imperio se convierte en una guerra justa. Esto es posible, en gran medida, gracias al papel desempeñado por las corporaciones mediáticas. Es importante comprender que los medios no se limitan a apoyar el proyecto neoliberal; son el proyecto neoliberal. No se trata de que se hayan posicionado moralmente; es una cuestión estructural. Es algo intrínseco a la propia lógica económica de funcionamiento de los medios de comunicación masiva.

La mayoría de los países "esconden esqueletos en sus armarios", lo que resulta muy conveniente. Así que los medios no suelen necesitar recurrir a mentiras, basta con que sepan seleccionar qué conviene subrayar y qué es mejor ignorar. Supongamos, por ejemplo, que quisiéramos convertir a la India en objetivo de una guerra justa. El hecho de que desde 1989 cerca de 80.000 personas hayan sido asesinadas en Cachemira, en su mayoría musulmanes víctimas de las fuerzas de seguridad indias (alcanzando una media de 6.000 asesinatos anuales); el que entre febrero y marzo de 2002 más de 2.000 musulmanes hayan sido asesinados en las calles de Gujarat, de que se haya violado en grupo a mujeres, se hayan quemado niños vivos, expulsado de sus hogares a 150.000 personas, mientras la policía y la administración se cruzaban de brazos, cuando no participaban activamente; el hecho de que nadie haya sido castigado por estos crímenes, y de que el gobierno que los ha pasado por alto haya resultado reelegido; todos estos hechos podrían perfectamente haberse convertido en titulares de los periódicos internacionales, en una supuesta carrera hacia la guerra.

Entonces, misiles de crucero arrasaría nuestras ciudades, nuestros pueblos amanecerían cercados con alambradas y patrullados por soldados estadounidenses, y Narendra Modi, Pravin Togadia o cualquiera de nuestros fanáticos más populares acabarían, como Sadam Husein, bajo custodia estadounidense para despiojarlos y examinar hasta sus empastes dentales durante la franja televisiva de máxima audiencia.

Pero, mientras nuestros “mercados” permanezcan abiertos, mientras se permita a corporaciones como Enron, Bechtel, Halliburton y Arthur Andersen hacerse con nuestras infraestructuras y quitarnos el trabajo, nuestros líderes “democráticamente elegidos” podrán seguir desdibujando sin temor alguno las fronteras entre democracia, tiranía de las mayorías y fascismo.

La cobarde intención de nuestro gobierno de abandonar una tradición hindú tan honrosa como la no-alineación, su prisa por abrirse camino hasta los primeros puestos de la fila de los totalmente alineados (la frase de moda es “aliados naturales”; India, Israel y EEUU son ahora “aliados naturales”) le han aportado a cambio el margen necesario para imponer un régimen represivo sin comprometer su legitimidad internacional.

Y las víctimas del gobierno no son únicamente las personas asesinadas o encarceladas, sino también los desplazados y desposeídos, que quedan sentenciados a pasar hambre y privaciones de por vida. Millones de personas han sido desposeídas por proyectos de “desarrollo” como la construcción de grandes presas que, en los últimos 55 años, han obligado a desplazarse en la India a entre 33 y 55 millones de personas, todas ellas desamparadas por la justicia. Sólo en estos dos años la policía ha abierto fuego en innumerables ocasiones contra protestas pacíficas, la mayoría de ellas acontecidas en las comunidades adivasi y dalit.¹ Los pobres, en especial en estas comunidades, son asesinados tanto cuando ocupan las tierras forestales como cuando intentan protegerlas de la invasión de las presas, las minas, las plantas siderúrgicas y otros proyectos de “desarrollo”. En casi todos los casos en los que la policía ha abierto fuego contra la gente, la estrategia del gobierno ha sido afirmar que los disparos fueron provocados por algún acto violento. Y los que reciben los balazos son inmediatamente denominados “militantes”.

Miles de personas inocentes, incluyendo menores, han sido arrestadas por todo el país, siendo encarceladas indefinidamente y sin juicio alguno bajo la *Prevention of Terrorism Act* (ley antiterrorista). En la era de la guerra contra el terrorismo se está identificando maliciosamente pobreza y terrorismo. En la era de la globalización corporativa la pobreza es un delito, y protestar contra un mayor empobrecimiento es terrorismo. Ahora, nuestro Tribunal Supremo afirma que hacer huelga es un delito y, por supuesto, criticar al Tribunal también lo es. Están cerrando todas las salidas.

Como en el viejo imperialismo, el éxito del nuevo modelo se basa en una red de élites y agentes locales corruptos que están al servicio del Imperio. Todos conocemos el sórdido historial de Enron en la India. El Gobierno, por aquel entonces de Maharashtra, firmó un acuerdo comercial que ofrecía a Enron un nivel de beneficios equivalente al 60% del presupuesto nacional para desarrollo rural. ¡Se garantizaba así a una única compañía estadounidense unos beneficios comparables a los fondos destinados a la financiación de infraestructuras de desarrollo para cerca de 500 millones de personas!

*En la era de la
globalización
corporativa la
pobreza es un
delito, y
protestar
contra un
mayor
empobreci-
miento es
terrorismo*

¹ En la India, los adivasi son los miembros de los grupos tribales y los dalit pertenecen a la casta de los “intocables” (N. de la Ed.).

El nuevo racismo

A diferencia de otros tiempos, el nuevo imperialismo no necesita recorrer los trópicos exponiéndose a la malaria, a la diarrea o a otras formas de muerte temprana. Este nuevo imperialismo se mueve por correo electrónico. El racismo vulgar y entrometido del viejo imperialismo ya se ha quedado anticuado. La piedra angular del nuevo imperialismo es el nuevo racismo.

La mejor alegoría de este nuevo racismo es la tradición estadounidense del "indulto del pavo". Todos los años, desde 1947, la *National Turkey Federation* (Federación nacional por los pavos) ofrece al presidente de EEUU un pavo para el Día de Acción de Gracias. Y cada año, el presidente, en un espectáculo de ceremoniosa magnanimidad, perdona la vida de este espécimen particular (y se come otro). Tras recibir el indulto presidencial, el escogido es enviado al Parque Frying Pan en Virginia, donde es devuelto a la vida en naturaleza. El resto de los 50 millones de pavos criados para el Día de Acción de Gracias son ejecutados y comidos. Con Agra Foods, la compañía que ha logrado el contrato del pavo presidencial, cuenta cómo enseña modales a las aves afortunadas para que sean sociables y sepan comportarse ante los dignatarios, los colegiales y ante la prensa (¡dentro de poco incluso hablarán en inglés!).

Así es como funciona el nuevo racismo en la era de las corporaciones. Unos pocos pavos cuidadosamente criados (las élites locales de diversos países, una comunidad de inmigrantes, banqueros e inversores enriquecidos, casos puntuales como Colin Powell o Condoleezza Rice, algunos cantantes y algunos escritores, como yo misma) son indultados y trasladados al Parque Frying Pan. Los millones restantes pierden sus trabajos, son expulsados de sus hogares, se les corta el aprovisionamiento de agua y de electricidad, y mueren de sida. Lo que les espera es básicamente la cazuela. Pero a los pollos afortunados del Parque Frying Pan no les va nada mal. Algunos de ellos trabajan para el FMI y para la Organización Mundial del Comercio (OMC), así que: ¿quién puede acusar a estas organizaciones de ser contrarias a los pavos? Otros incluso son miembros de la comisión de selección de pavos, por lo que: ¿a quién se le ocurre pensar que los pavos puedan estar en contra del Día de Acción de Gracias? ¡Si participan en su organización! ¿A quién se le ocurre pensar que los pobres puedan estar en contra de la globalización corporativa? Hay auténticas desbandadas para poder entrar en el Parque Frying Pan. Así que, ¿qué más da si la mayoría muere por el camino?

Una parte del proyecto del nuevo racismo es el nuevo genocidio. En esta era de interdependencia económica éste se puede ejecutar mediante sanciones económicas. Lo que se traduce en crear las condiciones que conduzcan a la muerte en masa, haciendo innecesario tener que ir allá y matar directamente a la gente. Denis Hallyday, coordinador de la misión humanitaria de la ONU en Irak entre 1997 y 1998 (tras lo cual dimitió), usó el término de genocidio para describir las sanciones impuestas a este país. En Irak estas sanciones superaron las mayores hazañas de Sadam Hussein, acabando con más de medio millón de vidas infantiles.

En la nueva era el sistema político formal de *apartheid* ya se ha quedado anticuado e inútil. Los instrumentos internacionales comerciales y financieros supervisan el funcionamiento de un complejo sistema de leyes y de acuerdos de nego-

cios multilaterales que se encargan de mantener a los pobres en sus “bantustanes”. Su objetivo global consiste en institucionalizar la desigualdad. ¿De qué otra forma se puede explicar que en EEUU la ropa confeccionada por fabricantes de Bangladesh sea gravada con un impuesto 20 veces superior a la ropa fabricada en Gran Bretaña? ¿Qué otra razón puede haber para que países que cultivan cacao, como Costa de Marfil y Ghana, sean expulsados del mercado si intentan transformar este cacao en chocolate?, ¿que los países que cultivan hasta un 90% del cacao mundial apenas produzcan un 5% del chocolate mundial? ¿Cómo explicar de otra manera que los países ricos que gastan más de mil millones de dólares diarios en subsidios para sus agricultores exijan a los países pobres como la India que retiren todos sus subsidios agrícolas, incluyendo la electricidad subvencionada? ¿Por qué otra razón las ex colonias, que hemos sido saqueadas durante más de medio siglo por las potencias coloniales, estamos ahora hundidas en deudas con estos mismos regímenes, y tenemos que pagarles más de 328.000 millones de dólares al año?

Por todas estas razones el descarrilamiento de los acuerdos de comercio que se produjo en Cancún resultó crucial para nosotros. Aunque nuestros gobiernos intentan atribuirse este éxito, sabemos que es el resultado de años de lucha de muchos millones de personas en muchos países. Lo que aprendimos en Cancún fue que la única manera de lograr que los movimientos de resistencia local hagan auténtico daño y fuercen cambios radicales es mediante alianzas internacionales. En Cancún aprendimos la importancia de globalizar la resistencia.

Ninguna nación puede por sí sola enfrentarse al proyecto de globalización corporativa. Una y otra vez hemos podido ver cómo los héroes de nuestro tiempo se arrugan súbitamente en cuanto tratan con el proyecto neoliberal. Personas extraordinarias, carismáticas, auténticos gigantes en la oposición, en cuanto llegan al poder y se convierten en dirigentes de Estado se vuelven impotentes en el escenario global. Estoy pensando en Lula, presidente de Brasil, el que fuera el héroe del Foro Social Mundial del año pasado. Ahora está demasiado ocupado aplicando las medidas del FMI, reduciendo las prestaciones sociales y purgando radicales del Partido de los Trabajadores. También pienso en el ex presidente de Suráfrica Nelson Mandela. Dos años después de su llegada al poder en 1994, su gobierno se arrodilló, sin apenas titubeos, ante el dios mercado. Puso entonces en marcha un programa masivo de privatizaciones y ajustes estructurales que ya ha dejado a millones de personas sin casa, sin trabajo y sin agua ni electricidad.

La resistencia al imperio

¿Por qué ocurre algo así? No ganamos nada con golpear nos el pecho y sentirnos traicionados. Lula y Mandela son personas extraordinarias. Pero, en cuanto cruzan el umbral que separa a la oposición y entran en el gobierno se convierten en rehenes de un amplio espectro de chantajes, el más malévolo de los cuales consiste en la amenaza de huida masiva de capitales, que puede acabar con cualquier gobierno de un día para otro. Quien piense que el carisma personal de un líder y su currículum de lucha pueden hacer mella en el conglomerado corporativo es que

No debemos dejar que la resistencia no violenta se atrofie en teatrillo político, tan reconfortante como inefectivo

no conoce cómo funciona el capitalismo o, lo que es lo mismo, cómo funciona el poder. Los cambios radicales no pueden ser negociados desde gobiernos, tan sólo el pueblo puede asegurarlos.

En el Foro Social Mundial se reúnen algunos de los más valiosos pensadores del mundo para intercambiar ideas sobre qué está pasando a nuestro alrededor. Estos debates afinan nuestra visión del tipo de mundo por el que estamos luchando, por lo que es un proceso vital que no debemos dejar que decaiga. Pero si concentramos todas nuestras energías en ello, abandonando nuestras actuaciones políticas reales, entonces el FSM, que ha desempeñado un papel tan crucial en el movimiento por la justicia global, corre el riesgo de convertirse en un arma de nuestros enemigos. Lo que debemos debatir con urgencia son las estrategias de resistencia. Necesitamos apuntar a objetivos reales, emprender luchas reales e infligir daños reales.

La Marcha de la Sal de Gandhi no fue sólo teatro político. Cuando miles de indios, en un sencillo acto de desafío, marcharon hacia el mar para recoger su propia sal, hicieron añicos el impuesto sobre este producto. Fue un golpe directo a los puntales económicos del imperio británico. Fue algo real. Aunque nuestro movimiento ha ganado algunas batallas importantes, no debemos dejar que la resistencia no violenta se atrofie en teatrillo político, tan reconfortante como inefectivo. Se trata de un arma muy valiosa que debemos afilar y reimaginar constantemente. No podemos permitir que se convierta en un mero espectáculo, en pose para la foto.

Cuando el 15 de febrero de 2003, diez millones de personas de los cinco continentes se manifestaron contra la guerra en Irak, en un espectacular despliegue de moralidad pública, fue sin duda maravilloso pero insuficiente. El 15 de febrero fue fin de semana, por lo que nadie tuvo que perder un día de trabajo. Las protestas de fin de semana no paran guerras, y eso es algo que George Bush sabe. Su confiado desdén hacia una expresión tan masiva de la opinión pública debería servirnos de lección a todos. Bush piensa que se puede ocupar y colonizar Irak como se ha hecho con Afganistán, con el Tibet, como se está haciendo con Chechenia, como se hizo con Timor Este y como se sigue haciendo con Palestina. Piensa que basta con despreocuparse y esperar a que el sensacionalismo mediático agote el tema, lo deje estar y pase a otra cosa. Pronto, el espectáculo desaparecerá del *top ten* noticioso, y todos nosotros, tan llenos de indignación, iremos perdiendo interés por el asunto. O, al menos, eso es lo que él espera.

Nuestro movimiento necesita una victoria de mayor alcance, de dimensiones globales. No basta con tener razón. A veces es importante ganar algo, aunque sólo sea para comprobar nuestra determinación. Y para ganar algo, primero tenemos que ponernos de acuerdo en algo. Ese algo no tiene porqué ser una ideología suprema pre-establecida dentro de la cual tengan que encajar a la fuerza todas nuestras ramas discursivas, tan deliciosamente diversas. Tampoco tiene porqué consistir en una lealtad incuestionable a esta o aquella forma de resistencia, que excluya todo lo demás. Puede tratarse simplemente de una agenda de mínimos.

Si estamos realmente contra el imperialismo y contra el proyecto neoliberal, volvamos la vista hacia Irak, porque la situación en este país es la culminación

inevitable de ambos. La captura de Saddam Husein ha supuesto la confusa retirada de un montón de activistas antibelicistas, que se preguntan tímidamente: ¿no es el mundo un poco mejor sin Saddam?

Atrevámonos de una vez por todas a decir lo que hay. El hecho de celebrar la captura de Saddam Husein por parte del ejército estadounidense no supone justificar retroactivamente su invasión y ocupación de Irak; sería como ensalzar a Jack el destripador por haber despanzurrado al estrangulador de Boston. Y ello tras un cuarto de siglo de amistosa alianza empresarial entre el destripador y el estrangulador. En realidad, hemos asistido a una pelea doméstica entre colegas de negocios que se han enfadado por un trapicheo. Y Jack es el *big boss*.

Así que, si estamos todos contra el imperialismo, ¿podemos ponernos de acuerdo contra la ocupación de EEUU, a favor de que se retire de Irak y de que pague reparaciones al pueblo iraquí por todo el daño que la guerra les ha infligido?

¿Y cómo empezamos a organizar nuestra resistencia? Comencemos poco a poco. La cuestión no está en si hay que apoyar a la resistencia en Irak contra la ocupación, ni en discutir quiénes constituyen exactamente la resistencia (¿se trata de antiguos asesinos baazistas o son fundamentalistas islámicos?). Tenemos que convertirnos en la resistencia global contra la ocupación. Debemos empezar rechazando la legitimidad de la ocupación estadounidense de Irak. Lo que significa actuar para impedir materialmente que el imperio alcance sus objetivos. Significa que los soldados deben negarse a luchar, que los reservistas deben negarse a servir, que los trabajadores deben negarse a cargar el armamento en barcos y aviones. Significa que en países como India y Pakistán debemos bloquear los planes del Gobierno estadounidense de enviar a Irak soldados indios y paquistaníes para hacer su trabajo sucio.

Sugiero que escojamos de alguna manera dos de las principales corporaciones que se están beneficiando de la destrucción de Irak, y que pongamos en una lista todos los proyectos en los que están implicadas. Podríamos así localizar sus oficinas en cada ciudad de cada país por todo el planeta, e ir a por ellas y cerrarlas. Es cuestión de reunir nuestra sabiduría y experiencias colectivas atesoradas en las luchas del pasado y dirigir las hacia un único objetivo. Es cuestión de querer ganar.

El proyecto del nuevo siglo estadounidense pretende perpetuar la desigualdad e imponer la hegemonía estadounidense a cualquier precio, incluso a un precio apocalíptico. El Foro Social Mundial exige justicia y supervivencia.

Por todas estas razones, debemos considerarnos en guerra.